

Una visión del desarrollo de la antropología en México.

Andrés Fábregas Puig.

Instituto Chiapaneco de Cultura

Del conjunto de disciplinas que hacen a las Ciencias Sociales, la antropología es la más añeja en México. Ha sido, desde sus orígenes, un ejercicio analítico orientado hacia la historia y no sólo a la comprensión del momento actual. Este se concibe como el resultado de procesos y generador, a su vez, de posibilidades históricas cuya concreción en un momento es lo que exige explicación. En México, antropología e historia han caminado juntas a partir de sus orígenes en los escritores surgidos en el siglo XVI, en los comienzos del régimen colonial, hasta la institucionalización de su enseñanza en 1938. El centro matriz de la educación antropológica en el país es la Escuela Nacional de Antropología e Historia, cuyo primer graduado fue el antropólogo físico, Eusebio Dávalos Hurtado en 1944, con una tesis acerca de *la deformación craneana entre los Tlatelolca*.

La Escuela Nacional es uno de los productos de la Revolución Mexicana iniciada en 1910 y concluida en su fase armada en 1929, incluyendo el conflicto con la Iglesia católica conocida como la cristiada. La década de los años 30 en México fue de reorganización del país, acomodo de los grupos de poder e inicio del desarrollo político del Estado mexicano surgido del primer movimiento popular del siglo XX. En ese contexto, el movimiento educativo y cultural postrevolucionario estuvo apoyado en la creatividad de artistas plásticos como Orozco, Siqueiros y Rivera; en escritores de extraordinario talento como Martín Luis Guzmán, Mariano Azuela o Juan Rulfo; en científicos sociales y filósofos como Antonio Caso, Vicente Lombardo Toledano, Ignacio Chávez o Alfonso Caso. Ese periodo, que se extiende de 1929 a 1940, fue el de la gran cruzada por la educación practicada por miles de maestros en los pueblos y ciudades del país. Fueron los años de la expropiación petrolera y conformación

del nacionalismo mexicano, la fundación del PNR, después PRI, y la estructuración básica del Estado mexicano cuyo político más claro en esa época fue Plutarco Elías Calles. Esos fueron los años, especialmente los del sexenio de Lázaro Cárdenas, del surgimiento de las instituciones, en particular, el Instituto Nacional Indigenista que sirvió de modelo a los Institutos de América Latina y provocó la fundación del Instituto Indigenista Interamericano. Tales sucesos están asociados directamente con el establecimiento de la antropología, como disciplina apoyada por el Estado para cumplir el propósito de integrar a la población india del país (antropología física y social; etnología), recuperar el pasado (historia y arqueología) y trazar la historia cultural de los pueblos de México (etnohistoria). A ello, debe agregarse la protección, investigación y difusión del patrimonio cultural confiado al Instituto Nacional de Antropología e Historia. La llegada de los refugiados españoles tuvo una importancia estratégica para el desarrollo de esos propósitos y en particular, la vida académica de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Incluso, uno de los grandes maestros de la antropología en México, el Dr. Juan Comas, catalán, fue autor del primer reencuentro histórico de la antropología social en el país además de elaborar el *Manual de Antropología Física* en el que estudiaron varias generaciones.

Cinco grandes maestros españoles más han sido esenciales para el desarrollo de la antropología en México: Pedro Bosh-Gimpera (un prehistoriador de importancia mundial), Pedro Carrasco, Pedro Armillas, José Luis Lorenzo y Angel Palerm. Todos fueron profesores y algunos alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, y todos tuvieron participación en la fundación de la Escuela Nacional. Pedro Carrasco fue el segundo antropólogo graduado en México y el primero con especialidad en Etnohistoria, José Luis Lorenzo fue el número 26 y Angel Palerm el 33. Tanto Armillas como Carrasco y Palerm, incidieron de manera importante en la formación de antropólogos norteamericanos. Los dos primeros, aunque siempre relacionados con México, hicieron su vida académica en los Estados Unidos mientras que Palerm después de un tiempo regresó al país para jugar un papel protagónico, como veremos.

Nacida en la etapa de reconstrucción del país después del movimiento armado de 1910 y en el periodo del establecimiento institucional del Estado mexicano, La Escuela Nacional de Antropología fue fundada en 1942 mediante un convenio que la trasladó del Instituto Politécnico Nacional al Instituto de Antropología e Historia. En efecto, la escuela se había establecido en 1938 dentro de la Escuela de Ciencias Biológicas del IPN. El grupo fundador estuvo formado por Miguel Othón de Mendizábal, Alfonso Caso, Daniel Rubín de la Borbolla, Paul Kirchhoff y Wigberto Jiménez Moreno. En 1945, por convenio con el Colegio de México, se introdujo la enseñanza de la historia tomando la

escuela su denominación definitiva.

Paul Kirchhoff introdujo desde las primeras etapas de la escuela la enseñanza de una antropología orientada por planteamientos de Marx. Incluso, Kirchhoff inició la lectura de ensayos de Karl W. Wittfogel, provocando la discusión entre marxismo y antropología además del manejo de categorías como clase social, modo de producción, economía política, tecnología o relaciones de producción y propiedad. Para esas fechas Kirchhoff había redactado su ensayo clásico acerca de los principios del clan en la historia humana, que circulaba en la escuela de aquellas épocas en versión mimeografiada. Precisamente la generación compuesta con Angel Palerm, Pedro Carrasco, Miguel Acosta-Saignes, Calixta Guiteras, Alberto Ruz Lhuiller, Javier Romero, Carlos H. Aguilar, Florencia Müller, Johanna Faulhaber, Arturo Monzón, Barbro Dahlgren, para mencionar sólo a algunos, se educó en medio de la orientación marxista (a través de Kirchhoff) y el énfasis en la etnografía y la historiografía (bajo la influencia de Wigberto Jiménez Moreno). El examen de las tesis que se presentaron en la Escuela Nacional desde 1944 hasta 1960 revela una orientación en antropología social, etnología y etnohistoria, en donde las categorías del marxismo se mezclan con las del evolucionismo y las tradiciones culturalistas. En arqueología, es evidente la influencia de Vere Gordon Childe, autor discutido por Pedro Armillas en las clases que impartió en la Escuela Nacional.

La otra tendencia, derivada del énfasis en la etnografía y la historiografía además de los requerimientos del Estado, fue la que veía el objeto de estudio de la antropología en las sociedades indias. Lo que es falso, es afirmar que no existían otras propuestas en la escuela de aquellos días. Tan es así, que la tesis de Claudio Esteva Fabregat (figura importante de la antropología contemporánea en España) versó sobre los problemas de la clase obrera. Asimismo, la llamada generación crítica que se forjó en la Escuela Nacional a mediados de los años cincuenta y principios de los sesenta, tocó también temas diferentes a los de la cuestión indígena. Es ésta, la generación intermedia entre los fundadores de la Escuela Nacional y la que se formaría entre 1965-1970, que participó en el movimiento estudiantil de 1968. Estamos hablando de antropólogos como Guillermo Bonfil Batalla (que nunca abandonaría el tema *la etnicidad*), graduado en 1961; de Carlos Inchaustégui, graduado en 1968; de Margarita Nolasco, graduada en 1961; de Rodolfo Stavenhagen, graduado en 1958; de Enrique Valencia, graduado en 1963; de Mercedes Olivera, graduada en 1961; de Arturo Warman, graduado en 1968. Todos ellos, junto a otros que no he mencionado, fueron profesores de la generación que ingresó a la escuela en 1965 y que, junto con aquellos que habían iniciado entre 1963 y 1964, sostuvieron el movimiento estudiantil de 1968. Esta generación crítica de la que

hablamós, recuperó los planteamientos de Paul Kirchhoff, complementándolos con los que venían de la Economía Política y de la Sociología en un periodo en donde las políticas de desarrollo aplicadas en el país, habían profundizado las desigualdades sociales y particularmente la pobreza en el campo. Más todavía, a principios de los años sesenta la urbanización y la industrialización cobraron nuevos ímpetus en el país, introduciendo en la sociedad nuevos factores y nuevos conflictos. La generación crítica planteó que la antropología estaba unida acríticamente a los propósitos del Estado, demasiado orientada hacia los indígenas, pobre en la producción teórica y desfasada de los problemas reales de México. Un grupo importante de ellos publicó el libro *De eso que llaman Antropología Mexicana* (1970) que causó un fuerte impacto en la comunidad académica y en el país. Desde el punto de vista ideológico, la llamada generación crítica hablaba desde la perspectiva de la izquierda socialista. Fue esta la generación que entabló la polémica con los antropólogos críticos nacionalistas, es decir, Gonzalo Aguirre Beltrán, Julio de la Fuente, Alejandro Marroquín y Arturo Monzón. En el contexto de esa polémica se forjó la generación de alumnos de la Escuela Nacional que participó en el movimiento estudiantil de 1968. Es importante recordar que los antropólogos críticos nacionalistas, académicamente identificados con el culturalismo, constituyeron el núcleo continuador de las enseñanzas de Manuel Gamio, Moisés Sáenz, Andrés Molina Enríquez y Miguel Othón de Mendizábal. A esta forma de concebir la antropología debe agregarse a Roberto J. Weitlaner y Alfonso Villa Rojas, quizá los más importantes etnógrafos que ha aportado la antropología en México. De este grupo de antropólogos y en general, de los antropólogos en México, el que más ha destacado es Gonzalo Aguirre Beltrán. En forma paradójica, el Dr. Aguirre Beltrán, es médico de formación y practicando su profesión llegó a la Antropología. Sin duda, es el antropólogo que logró sistematizar una teoría acerca de los indígenas, su lugar en la formación de la Nación y que debía hacer el Estado mexicano para convertirlos en ciudadanos de pleno derecho. Al iniciarse el sexenio encabezado por el presidente Miguel Alemán (1946-1951), ocurrió un cambio clave en la estructura de poder del Estado mexicano: finalizó el dominio de los hombres que combatieron directamente en la revolución arribando al control de los asuntos públicos del país los cuadros intelectuales formados en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Es en ese periodo que Aguirre Beltrán conoció a don Manuel Gamio quien lo interesó en el estudio de la población negra. En Estados Unidos, en la Universidad de Illinois en Evanstone, Aguirre Beltrán además de adquirir su formación básica se interesó en los procesos de aculturación. Fue con este notable antropólogo mexicano, funcionario de gobierno, rector de la Universidad de Veracruz y fundador de centros de

investigación, con quien la generación crítica y posteriores, establecieron una intensa discusión. No podía ser de otra manera pues Aguirre Beltrán ha sido el artífice de la política indigenista de México y el impulsor de los estudios regionales, orientación que suscribió Angel Palerm. En uno de sus libros más importantes, *Formas de gobierno indígenas* (1952), Aguirre Beltrán mostró cómo están integradas las formas locales de poder al todo nacional. En el enfoque de Aguirre Beltrán la integración es el proceso contrario al de la segregación. El núcleo del llamado problema indígena estriba en la cuestión de la territorialidad, la explotación y el despojo que en diferente grado aún sucede en la regiones indias del país. Las generaciones de antropólogos que ingresaron a la Escuela Nacional entre 1962 y 1965, se encontraron con estos debates y con auge en la difusión del marxismo debido al prestigio alcanzado por la Revolución cubana, y más como una ideología política que como un enfoque teórico para comprender la sociedad y la historia. En ese contexto ocurrió un hecho importante: el regreso de Angel Palerm, en 1966, a la Escuela Nacional, como profesor para dictar el curso de introducción a la teoría etnológica. Palerm llevó a la Escuela Nacional los grandes debates de la antropología académica, refrescando el parroquialismo existente. En su curso se discutió intensamente a las grandes corrientes de la antropología, afinándose la visión crítica de la misma. Fue Palerm quien propuso unir a la enseñanza con la investigación dentro de un proyecto coherente de educación antropológica; hizo énfasis en practicar simultáneamente los enfoques diacrónico y sincrónico; retomó el análisis regional impulsando investigaciones macroantropológicas y macrohistóricas sin descuidar el trabajo de campo y el análisis de la localidad. Pero además, propuso relacionar a la antropología con el marxismo (no como ideología, sino como enfoque teórico) a través de temáticas muy concretas como el estudio de las vinculaciones entre tecnología y cultura, entre ecología cultural y formas de poder o entre sociedad e historia. Más aún, Palerm introdujo la discusión acerca de la economía campesina vista desde los planteamientos de A.V. Chayanov e interpretada desde el enfoque de los modos de producción y la evolución social. Fue Palerm quien en México dio a conocer la discusión de los evolucionistas norteamericanos, esto es, Julian Steward, Leslie White, Elman Service o Roberto Carneiro. Fue Palerm, quien en 1969, inauguró en la Escuela de graduados de la Universidad Iberoamericana, un seminario para discutir un texto clave de Marx: "Formaciones Económicas Pre-capitalistas". En el contexto de este seminario --y sólo un año después de los sucesos de 1968-- se afinó la percepción crítica de la antropología en México. Por estas razones creo no exagerar al afirmar que Angel Palerm (muerto en 1980) es una figura clave para entender el desarrollo contemporáneo de la antropología en México.

He mencionado repetidamente el año de 1968. Es así porque significó un partietiempos de la historia mexicana. A partir de 1940, año en que se inicia el llamado desarrollo estabilizador, México entró de lleno a una carrera por la industrialización desfasada de los ritmos de crecimiento del campo. Las ciudades crecieron y con ellas las clases medias, pero también la pobreza y la deuda externa. El país creció pero puso en entredicho su desarrollo. En forma objetiva, se deterioró el sistema educativo, los apoyos a la investigación y la vida académica en general. El descontento se había manifestado a través de movimientos como el de los ferrocarrileros, el del magisterio federal y el de los médicos. En las escuelas, institutos y universidades del país, crecía el descontento y la exigencia por cambios en el modelo de desarrollo. Los antropólogos en particular, ponían en entredicho su propia profesión y la orientación indigenista dominante así como la política del Estado hacia los pueblos indios. En las aulas de la Escuela Nacional se debatía acerca del futuro de la antropología en México, los métodos de enseñanza y la aplicación de la disciplina a problemas reales del país. La pregunta ¿para qué sirve la antropología?, era discutida en foros, mesas redondas, salones de clase y aun en las asambleas estudiantiles. Había la convicción de que el país se estaba apartando de los postulados de Zapata, Villa, los hermanos Flores Magón y Lázaro Cárdenas, en una palabra de las grandes tradiciones de la Revolución mexicana. Este descontento en el país, que sin duda tenía bases objetivas, coincidió con un enfrentamiento por el poder al interior del propio gobierno. La conjunción de ambos factores provocó un impresionante movimiento estudiantil que se inició a finales del mes de julio de 1968 y terminó con los sucesos trágicos de la Plaza de las tres Culturas en Tlatelolco el 2 de octubre del mismo año.

Lo mismo que en la vida social, económica y política del país el año de 1968 fue definitivo para la reorganización de la antropología en México. Los más importantes resultados del movimiento estudiantil para la ciencias antropológicas fueron el casi abandono de la temática indigenista que quedó como campo más o menos exclusivo de los antropólogos extranjeros, el auge y fortalecimiento del departamento de antropología de la Universidad Iberoamericana, la diversificación de la temática antropológica, la fundación de nuevos centros de investigación por parte del Estado como el actual Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social o la apertura de nuevos centros de enseñanza como la Universidad Metropolitana en cuyo campus de Iztapalapa se fundó en 1975 el departamento de antropología, o la apertura de la Escuela de Antropología de la Universidad Autónoma de Guadalajara en 1972. Es indudable que los sucesos de 1968 desgarraron al país y dieron origen a una profunda división entre los antropólogos mexicanos que afortunadamente, está siendo substituida por la madurez en las discusiones. El primer antropólogo

mexicano que escribió acerca del movimiento estudiantil fue Angel Palerm en una serie entregada a la revista *Comunidad* que por años editó la Universidad Iberoamericana, y que firmaba con el obvio seudónimo del "Profesor A". En el artículo final, Palerm se identificó como el autor, explicando que el uso del seudónimo obedeció a su deseo de no estorbar la objetividad del lector. (ver: Angel Palerm, "El movimiento estudiantil: notas sobre un caso", *Comunidad*, vol. III, números 13, 14 y 15 UIA, México, 1968). La entrada de los años setenta se caracterizó por la llegada de nuevos temas en la antropología, mientras Gonzalo Aguirre Beltrán persistía en el indigenismo. En 1969, a mediados de año, el obispo de San Cristóbal, Samuel Ruiz, reunió a un grupo heterogéneo de antropólogos y religiosos para pasar revista al estado de la cuestión. Entre otros, participaron Arturo Warman, Paul Sullivan, Manuel Marzal, Angel Palerm, Gonzalo Aguirre Beltrán, Andrés Fábregas y Guillermo Bonfil. Esta reunión defendió varios aspectos de la antropología mexicana, entre otros, la necesidad de salidas teóricas y la urgencia de adecuar la enseñanza de la disciplina de las realidades del país. Se decidió el estudio del campesinado como una tarea central de los antropólogos mexicanos junto al establecimiento de nuevos centros de investigación, nuevas escuelas y el replanteamiento del Instituto Nacional Indigenista y el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Ciertamente, las sociedades indias de México quedaron relegadas hasta hace pocos años en que por su fuerte presencia y su vitalidad cultural se hizo imprescindible la discusión acerca de su situación y su destino.

El quehacer antropológico en México durante la década de los setenta fue dominado casi exclusivamente por el estudio de la economía campesina. Angel Palerm impulsó la lectura de Chayanov y los populistas rusos al tiempo que pasó revista a la polémica sobre la nueva economía y las opiniones de Plejanov, Preobashensky, Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo, y el propio Marx. Los antropólogos mexicanos descubrieron los *Grundrisse* y Palerm dirigió la primera discusión acerca de ellos. En 1969, se reunieron en la Universidad Iberoamericana, como profesores invitados en diferentes seminarios, Frederick Katz, Guillermo Bonfil, Arturo Warman, David Kaplan, Robert Magnners, Tomás Haffer y Stanley Diamond. En el verano de 1971 se repitió esa experiencia con un seminario central dirigido por Paul Kirchhoff y discutido por Pedro Carrasco y Angel Palerm. De estos seminarios organizados por Angel Palerm salió una revisión profunda del quehacer antropológico que se aplicó en las investigaciones del CIESAS (antes CIS-INAH) y en el diseño y puesta en práctica del plan de estudios del departamento de antropología social de la UAM-Iztapalapa, cuyos primeros profesores fueron Roberto Varela, Juan Vicente Palerm, José Lameiras y Andrés Fábregas Puig. El sello característico de la década de los setenta en la antropología en México lo dio la discusión entre campesinistas y

descampesinistas, intercambiaron ideas, epítetos e insultos en interminables --y apasionadas-- mesas redondas. Fue una discusión entre marxistas o entre quienes se pensaban marxistas. La categoría de proletariado agrícola versus campesinos conformó el centro del debate, mismo en el que paulatinamente se fue introduciendo el tema de la etnicidad y su relación con las situaciones de clase. Esto último no es nuevo en la antropología en México. Bastaría mencionar el trabajo pionero de Rodolfo Stavenhagen para probarlo. Además, Stavenhagen logró reunir a la opinión de los antropólogos marxistas de América Latina alrededor de su ensayo clásico "Seven Falacies About Latin America" (1966). Por supuesto, Stavenhagen fue una de las figuras centrales en el debate entre campesinistas y descampesinistas al lado de antropólogos como Arturo Warman, Roger Bartra, Luisa Paré, Héctor Díaz-Polanco entre otros.

Mientras esa discusión acaparaba la atención, otros antropólogos nos dedicamos al estudio de la política y a recuperar la tradición mexicana de los estudios regionales, al tiempo que la temática indigenista (al final de los años setenta), repensada por Gonzalo Aguirre Beltrán, Guillermo Bonfil, Andrés Medina, Stefano Varese, Miguel Bartolomé, Alicia Barabas, Salomón Nahmad, Félix Baez-Jorge y Rodolfo Stavenhagen, entre otros, se abría paso lentamente. En 1981, Guillermo de la Peña pasó revista a los análisis regionales en un ensayo titulado "Los estudios regionales y la antropología social en México" (en *Relaciones*, vol.II, otoño de 1981, No. 8, pp.43-93).

Sin las discusiones de la década de los setenta provocadas por el movimiento estudiantil de 1968 la antropología en México quizá no tendría el variado complejo y excelente nivel intelectual que hoy presenta. La renovación de la temática indígena está marcada por dos importantes publicaciones, el libro de Gonzalo Aguirre Beltrán, *Lenguas Vernáculas* (CIESAS, México, 1983), y el de Guillermo Bonfil, *El México Profundo* (SEP/CIESAS, México, 1987). Esta recuperación de una temática que caracterizó a la antropología en México hasta situarla como una de las escuelas importantes del mundo académico, no es explicable sólo desde el punto de vista del desarrollo interno de la disciplina. El hecho más importante es la revitalización de los pueblos indios de México y el movimiento de reafirmación cultural que hoy protagonizan.

El México de nuestros días es diferente del México de 1968. Así es la antropología también. Hoy, la Escuela Nacional no es el único centro de enseñanza en el país además de que han proliferado las instituciones de investigación en todo México. Las tendencias intelectuales de los antropólogos mexicanos se inclinan hacia los enfoques críticos y persisten en el análisis de los problemas de la Nación. Es bastante raro el antropólogo mexicano con experiencia de trabajo en otras sociedades, incluyendo a Latinoamérica. La antropología en México ha sido endocentrada. Con los cambios y cataclismos

sociales que han ocurrido en el mundo socialista, los antropólogos mexicanos han revalorado o lo están haciendo, el enfoque marxista.

Quizá este momento sea el indicado para comprender la diferencia entre las ideologías políticas derivadas del marxismo y adoptadas por aparatos de Estado y lo que es la propuesta de Marx para comprender la periodificación de la historia. En una reunión reciente llevada a cabo en la UAM-Iztapalapa, convocada por la revista *Nueva Antropología*, durante 3 días, un grupo significativo de antropólogos mexicanos revisaron sus orientaciones. Sigue persistiendo una tendencia marxista en la mayoría, pero sin las ataduras que impedía usar para el análisis categorías descriptivas como la de *rol*, *Network*, función o sistema. Además me parece que está consolidándose la preocupación por buscar categorías analíticas que expliquen los problemas que se abordan. Creo que las ciencias sociales en general están en un periodo de profunda revisión ante los cambios contemporáneos.

En México, las relaciones entre marxismo y antropología fueron discutidas desde los orígenes de la Escuela Nacional. En una discusión así, no es posible evitar las proyecciones políticas de las mismas, esto es, las relaciones de la antropología con el colonialismo y el nuevo colonialismo, la situación de las sociedades indias, los conflictos entre la clase obrera y el capital, la orientación del Estado y temas similares. Además de estos problemas, está la extrema simplificación de la propuesta analítica de Marx y aquellas divisiones tajantes entre estructura y sobreestructura sin olvidar las sentencias acerca de las determinaciones económicas. Me parece que los antropólogos mexicanos, por lo menos una parte significativa de ellos, han comprendido la importancia de entender a la crítica como método y al estudio de la dialéctica de la sociedad y la cultura como una orientación que es necesario mantener pero eliminando los esquematismos de antaño. En esta nueva situación, están jugando un papel central los diferentes centros de investigación que se especializan en el estudio de sus propias regiones. De aquí está resultando un material de gran riqueza que al ser aplicado a la enseñanza seguramente contribuirá a formar antropólogos mejores. Es decir, estamos en el camino de superar la proposición de que los planteamientos de Marx conforman un gran sistema congruente en su totalidad, sin contradicciones y aplicable a cualquier momento de la historia. Bien decía Angel Palerm en 1980, meses antes de su muerte, que era una extraña paradoja que en el momento justo de la crisis del marxismo como ideología de Estado sea también aquel en que las ciencias sociales descubren el valor que tiene como teoría. Me parece que en México se inicia una convergencia que nunca eliminará por fortuna la pluralidad de puntos de vista, alrededor de la propuesta de que la orientación crítica y el método histórico-dialéctico no consisten en un mesianismo político sino en el proyecto de hacer

una ciencia tan transformadora de la sociedad como las otras ciencias lo han logrado con la naturaleza.

Debe señalarse la importancia del regreso de temas que se rechazaron después de 1968. Por ejemplo, la importancia de la religión y la necesidad de entender la dialéctica que la anima. ¿Qué cambios producirá en México el abandono o la transformación de los catolicismos tradicionales?, ¿por qué la aceptación masiva de nuevos credos? A estos problemas reales, la antropología en México debe responder no con ideologías sino con teorías científicas. Lo mismo sucede en el terreno del estudio del parentesco y su importancia para comprender hechos esenciales de la vida social de México. En síntesis, encontramos en México una antropología con vocación crítica, más diversificada y plural en sus puntos de vista.

Volviendo los ojos a los planteamientos del indigenismo mexicano, las nuevas generaciones de antropólogos comprenden que en la circunstancia misma de los indios está el fundamento de la crítica. Porque la dialéctica de esa situación obliga al análisis de la Nación. Las contradicciones de la sociedad dominante, aquel México que Bonfil llama imaginario, no se terminan en su relación con los pueblos indios. Lejos de ello, las contradicciones internas de la sociedad dominante enlazadas a la problemática general del rumbo histórico del país, han de ser analizadas en su contexto concreto. La forma de hacerlo es aplicando la crítica como instrumento de análisis o si se prefiere, mantener una orientación crítica en el ejercicio analítico.

La publicación por parte de la INAH de la *Antropología en México. Panorama Histórico* (1988) en 15 volúmenes, deja al descubierto una tendencia importante de la nueva antropología mexicana, situada también dentro de las tendencias críticas. Me refiero a los seguidores de Thomas S. Kuhn que proponen la discusión de la antropología y sus contenidos, no como resultado de contextos históricos, sino como sucesión de paradigmas. Dentro de esta perspectiva está escrito el libro, por cierto excelente, de Cynthia Hewitt de Alcántara, *Imágenes del campo. La interpretación Antropológica del México rural* (1988). La autora analiza el indigenismo mexicano como un paradigma que al entrar en quiebra es substituido. Menciono este hecho, porque en una reciente publicación, Aguirre Beltrán se asume como un pensador crítico y dialéctico (y creo que lo es) al comentar el trabajo de Hewitt. Dice Aguirre Beltrán que en su libro, *El Proceso de aculturación*, realizó la síntesis dialéctica entre integración y aculturación mostrando el modo como históricamente llegaron a constituirse una cultura y una sociedad mestizas en México. La obra de Aguirre Beltrán fue difundida como fuente ideológica del Estado mexicano y como tal, rechazada por generaciones de jóvenes antropólogos entre los años que van de 1955 a 1975. La mayoría no había leído directamente los libros y

ensayos de Aguirre Beltrán, y su actitud ejemplifica los extremos de un marxismo dogmático y simplificado.

Estamos en México en un periodo de revisión de las Ciencias Sociales, incluyendo a la antropología, y no podía ser de otra manera. El país también a cambiado y su nueva realidad exige esfuerzos teóricos complejos, incapaces de satisfacer desde un marxismo simplificado y doctrinario. Estoy convencido que la mayoría de los antropólogos mexicanos coinciden con ello y están buscando caminos analíticos que pronto revelarán las tendencias de esta nueva fase en la vida académica de una disciplina con tan larga experiencia en el país. El reconocimiento, por parte del Estado, de la pluralidad cultural de México, de que la pobreza no sólo existe sino que debe ser eliminada como asunto de interés nacional prioritario, la apertura de espacios para una mejor práctica de la democracia, el fortalecimiento de la Comisión Nacional de Derechos Humanos y la aceptación de los derechos esenciales de los pueblos indios, fueron demandas que al lado de la mayoría de la sociedad, avalaron los antropólogos mexicanos en su inmensa mayoría. Quizá esto es lo más importante al final de todo; el que la antropología en México conserve su compromiso de hacer una ciencia apegada a la realidad del país y contribuir con ello, a su transformación.

BIBLIOGRAFIA

Aguirre Beltrán, Gonzalo.-

1991

"Derrumbe de paradigmas" en *El Gallo Ilustrado*, suplemento cultural de *El Día*, domingo 13 de octubre, México.

Bonfil Batalla, Guillermo.-

1987

El México Profundo, SEP/CIESAS, México.

1991.-

Pensar nuestra cultura, Alianza, México

Fábregas Puig, Andrés.-

1991

"Puertas al campo" en *México Indígena*, número especial, enero-febrero, México, pp. 5-11

1991.-

"Gonzalo Aguirre Beltrán: La antropología como oficio por excelencia", en *El Gallo Ilustrado*, suplemento cultural de *El Día*, México, domingo 13 de octubre, pp. 3-4.

Lameiras, José.-

1979

"La antropología en México: panorama de su desarrollo en lo que va del siglo". En *Ciencias Sociales en México*, El Colegio de México, pp. 107-181

Montemayor G., Felipe.-

1971

28 años de antropología. Tesis de la Escuela Nacional de Antropología e Historia. INAH, México.

Palerm, Angel.-

1980

Antropología y Marxismo, CISINAH/Nueva Imagen, México.

Stavenhagen, Rodolfo.-

(1966) 1974

"Seven Fallacies About Latin America", en Dwight B. Heath, editor, *Contemporary Cultures and Societies of Latin America*, Random House, New York, pp. 22-35

Warman, Arturo, Et. Al.-

1970

De eso que llaman Antropología Mexicana, Editorial Nuestro Tiempo, México.